

JOSÉ LUIS CORRAL



LA CORONA
DE ARAGÓN

Manipulación, mito e historia

Con este libro, José Luis Corral ha querido acercar la historia a la gente; pero solo es un libro de Historia. El Poder utiliza la Historia como un arma ideológica formidable, y lo hace tergiversando, alterando, manipulando y falsificando los hechos del pasado si así lo requiere la justificación del presente. La historia de la Corona de Aragón no ha sido ajena a la manipulación, y para justificar posiciones políticas se han inventado conceptos y denominaciones que nunca existieron, como «Confederación catalanoaragonesa», «Corona catalanoaragonesa», «Condes-reyes» o «Reyes de Cataluña». Originada en 1137 con los esponsales de la reina Petronila de Aragón y el conde Ramón Berenguer IV de Barcelona, la Corona de Aragón fue durante casi seis siglos una de las formaciones históricas más formidables de la historia de Europa.

INTRODUCCIÓN

Este es un libro de Historia.

Pero la Historia (el relato de los hechos del pasado) ha sido utilizada para manipular la historia (el propio pasado).

En el estudio del pasado nada resulta inocente, porque en no pocas ocasiones en el pasado, en la historia, se busca la explicación, o la excusa, al presente. Y el presente se construye sobre bases ideológicas.

Por eso, ha sido y sigue siendo muy frecuente el uso de la Historia para justificar las posiciones de cada presente, incluso proyectándolas en el pasado, adecuando ese pasado a los intereses de cada momento.

Y así se manipula y se falsifica la historia.

Los nacionalismos necesitan de rotundos hechos fundacionales para asentar sus posiciones políticas. Porque consideran que lo importante, más que cualquier otra cuestión, es la ratificación firme y rotunda del hecho nacional y diferenciado, y eso requiere de un acto fundacional, una historia profética, un sentimiento atávico y una identidad referencial.

Todos los movimientos ultranacionalistas han puesto mucho cuidado y todo su esfuerzo en certificar, bien con acontecimientos históricos, bien con mitos y leyendas, su identidad como pueblo o nación.

Y en no pocas ocasiones ha habido que manipular y tergiversar el pasado para adecuarlo a la ideología que sustenta ese «sentimiento nacional».

La Corona de Aragón no ha sido ajena a ello; y España, tampoco.

Este libro no presupone ninguna postura política en el presente de la segunda década del siglo XXI. No pretende ponerse a favor o en contra de ninguna posición política. Creo que cada pueblo tiene derecho a decidir su futuro, pero el problema es dónde se coloca el límite «territorial», cultural y político al etéreo concepto de «pueblo», o de país, o de nación, y hasta dónde se lleva el límite temporal: ¿a la Antigüedad?, ¿a la Alta Edad Media?, ¿al siglo XV?, ¿al XVIII?, ¿al XX?

Porque si se habla de «derechos históricos», ¿hasta dónde se retrotraen?: ¿al Imperio Romano?, ¿al reino de los visigodos?, ¿a la ocupación islámica?, ¿a los fueros medievales?, ¿a la Constitución de 1978?

Porque si se habla de sentimientos, ¿a cuáles se refieren?: ¿a los culturales?, ¿a los emotivos?, ¿a los aprendidos?, ¿a los conculcados?, ¿a los exagerados?, ¿a los perdidos?, ¿a los implantados?

Este solo es un libro de historia.

1

LA FALSIFICACIÓN DE LA HISTORIA
DE LA CORONA DE ARAGÓN

La Historia (con mayúscula, como disciplina) es un arma ideológica formidable. Pero también una disciplina propicia para la interpretación, la manipulación y la tergiversación. Y el Poder, en todos los tiempos y consciente de ello, la ha utilizado para justificarse. De ahí que quien lo ejerce, en cualquier época, se sirve de la Historia para defender sus posiciones del presente.

Cuando los hechos del pasado no concuerdan con las ideas del ahora, el Poder los manipula, los tergiversa o, simplemente, los cambia. Y si no puede aportar datos contundentes, entonces inventa mitos y leyendas, consciente de que son mucho más atractivos para el imaginario colectivo que la historia (con minúscula, como hechos del pasado).

Modificar los hechos ha sido habitual. Lo fue cuando el faraón Ramsés II ordenó a sus escribas y secretarios que cambiaran el resultado de la batalla de Qadesh, librada en la actual Siria en el año 1274 a. C., convirtiendo su derrota ante los hititas del rey Muwatallis en una victoria; o cuando los emperadores romanos del siglo II condicionaron a sus historiadores para que dibujaran un panorama desolador de sus antecesores del siglo I; o cuando los cronistas al servicio de los reyes de León en el siglo X se inventaron la ba-

talla de Covadonga, que nunca existió; o cuando... Demasiadas invenciones para justificar cada presente.

Proyectar ideas actuales sobre el pasado para legitimar una determinada posición política o ideológica ha sido norma frecuente. Así se hizo cuando se escribieron los orígenes de Roma, convirtiendo a los primeros romanos en los sucesores de los troyanos vencidos por los aqueos y exiliados al Lacio, como canta Virgilio en el libro I de la *Eneida*, y todo para glorificar el linaje de Augusto; o como los mentores de la «España eterna» hicieron desde que José Antonio Primo de Rivera acuñó que «España es una unidad de destino en lo universal»; o como acostumbran a hacer los nacionalistas irredentos de cualquier cuño, que buscan en el pasado más remoto las raíces de una nación atávica e imperecedera (Alemania, España, Cataluña, Euskadi...).

Ningún poderoso en el ejercicio de la autoridad pública suele escapar a la irresistible tentación de buscar las raíces más profundas para legitimar su acceso al poder. Así, los reyes y los emperadores de la Antigüedad se proclamaban descendientes de dinastías divinas, como los caudillos guerreros germánicos, los kanes mongoles o los reyes y héroes de la Grecia preclásica, hijos de dioses como los faraones egipcios, o dioses mismos como los emperadores romanos de la dinastía Julio-Claudia.

Y ninguna nación se ha librado de un corifeo de visionarios iluminados que han buscado sus señas identitarias en el pasado más remoto, manipulando y tergiversando cuanto hiciera falta. En España se sabe mucho sobre falsificar la historia, sobre todo desde los nacionalismos más extremos.

Durante mucho tiempo se asentó el mito de que «Castilla había hecho a España». Ese aserto era necesario para justificar la implantación del centralismo borbónico en el siglo XVIII, que arrastraba a los reinos peninsulares a posiciones políticas del Despotismo Ilustrado que comenzaba a triunfar en Europa: un rey y una nación. Así, durante tres siglos, la «Historia oficial de España» ha presentado el pasa-

do como un camino que conducía, indefectiblemente, a conseguir la ansiada «unidad de los pueblos y tierras de España», como si se tratara de una premonición divina. «¡Antes roja que rota!» (con algunas variantes) es la frase que se le atribuye al político derechista José Calvo Sotelo en el Congreso de los Diputados durante una sesión parlamentaria en la II República, en clara referencia a la «indivisible unidad de la patria española».

La formación política objeto de este estudio, la Corona de Aragón, no se ha librado de ese afán por manipular, tergiversar, modificar, cambiar, alterar, transformar, mitificar e inventar su historia.

Jerónimo Zurita, el historiador aragonés de obras monumentales como *Anales de la Corona de Aragón*, ya denunció en el siglo XVI la tendencia de algunos cronistas a confundir realidad con deseo. Al citar a Bernat Desclot, autor de una de las llamadas «Cuatro grandes crónicas», indica que Desclot pretendió «pasar leyendas por historia», en directa alusión a un pasaje en el cual ese autor catalán explica que el conde Ramón Berenguer III de Barcelona salió en defensa, cual caballero de novela, del honor de la emperatriz de Alemania, que había sido acusada de adulterio.

Desclot pretendía, en plena segunda mitad del siglo XIII, ensalzar las virtudes de los antecesores de unos soberanos a los que servía, como Pedro III y Alfonso III; así, escribe que «los nobles reyes que hay en Aragón, que fueron del alto linaje del conde de Barcelona», o que Pedro II fue «el segundo Alejandro por caballería y conquista». Además de mezclar fuentes trovadorescas con crónicas y diplomáticas, su crónica está llena de errores, no sé si algunos de ellos a propósito. Por ejemplo, cuando escribe que la esposa del rey Ramiro II de Aragón (del que no cita el nombre) era hija del rey de León, y que murió, como el propio Ramiro, al poco de nacer Petronila, para concluir que fueron los nobles aragoneses quienes entregaron el reino de Aragón al conde Ramón Berenguer IV de Barcelona «porque no te-

nían rey». El conde estaba en Lérida, «ciudad que ya había conquistado antes»; miente Desclot, sin duda para alegar la posesión catalana de Lérida antes incluso de la unión dinástica con Aragón.

Por fin, Desclot justifica de una manera asombrosa por qué Ramón Berenguer IV no usó el título de rey tras su matrimonio con la reina de Aragón: «En tanto yo viva, no quiero ser llamado rey; que yo soy ahora uno de los mejores condes del mundo, y si fuera llamado rey no sería de los mayores», escribe en el capítulo III de su *Crónica*.

La manipulación de la historia de la Corona de Aragón no solo se ha cebado en hechos y supuestos, sino también en las propias definiciones.

En 1872, Antonio de Bofarull y Brocá (1821-1892), que fuera archivero del Archivo de la Corona de Aragón (ACA), publicó en 1872 en Barcelona un libro titulado *La Confederación catalano-aragonesa*, con el que había ganado el premio del Ateneo catalán de Barcelona en 1869. El éxito de este «invento», «La Confederación catalano-aragonesa», que tenía más que ver con la ideología del autor y con los vientos políticos que corrían en Europa y en España en la segunda mitad del siglo XIX (imperialismo, nacionalismo, confederalismo, federalismo, cantonalismo...), fue arrollador. Este término se generalizó en libros, guías y folletos editados en Cataluña, y aún fuera de ella. Desde entonces, decenas de ¿historiadores? no han dejado de hablar de esa inexistente «Confederación catalano-aragonesa».

Antonio de Bofarull era pariente de Próspero de Bofarull y Mascaró (1777-1859), un nacionalista romántico que fue director del Archivo de la Corona de Aragón (una vez más el nepotismo que nunca ha cesado en esta tierra) entre 1814 y 1840 y de nuevo entre 1844 y 1849. Don Próspero, uno de los integrantes destacados del movimiento nacionalista catalán conocido como la *Renaixença*, que surgió a finales del reinado de Fernando VII imitando a la *Renaixença*

valenciana creada por el notario Caries Ros en el siglo XVIII, estaba obsesionado por convertir a Cataluña poco menos que en el centro del universo. ¿Qué nacionalista que se precie no haría lo mismo por su país?

Los próceres de la *Renaixença* catalana, burgueses acomodados e ¿intelectuales? adoctrinados y adoctrinadores, tenían una obsesión: hacer de Cataluña el Estado más antiguo, más noble y más culto de Europa, por lo menos. Próspero de Bofarull, que tenía a su alcance (era su principal guardián) los fondos documentales más importantes para la historia de la Corona de Aragón, se puso manos a la obra. Primero escribió un libro sobre los condes de Barcelona, que se publicó en 1836, y después pretendió demostrar que la conquista del Mediterráneo por la Corona de Aragón había sido «una empresa catalana». Para ello, manipuló la edición del *Libre del repartiment del regne de Valencia*, contenido en tres registros del ACA (*Cancillería*, núms. 4, 5 y 6), suprimiendo o tergiversando aquellos nombres de pobladores que no coincidían con su planteamiento. Si un documento o una parte concreta no convenía a sus tesis pancatalanistas, lo eliminaba y a otra cosa.

Así, suprimió de su edición del reparto de la ciudad de Valencia los nombres de los repobladores aragoneses y navarros para magnificar la presencia de catalanes y aumentar el porcentaje de estos últimos en ese documento de 1238. Los trabajos de Antonio Ubieto y Amparo Cabanes, entre otros, en el último cuarto del siglo XX han desmontado esta burda manipulación, concluyendo que las cifras reales de repobladores cristianos en Valencia llevan la presencia de aragoneses y navarros al 66% de los nuevos habitantes valencianos a mediados del siglo XIII.

También se atribuye a Próspero de Bofarull la «desaparición» del primero de los testamentos de Jaime I, el del año 1245. Este documento, contrario a las tesis pancatalanistas de una Cataluña atávica casi desde el comienzo de los

tiempos históricos, estaba registrado en el ACA con el número 758 de su serie de *Pergaminos*. Según Antonio Ubieto, a mediados del siglo XIX en el Archivo de la Corona de Aragón se «suprimió y se quemó cuanto hizo falta». El pergamino 758 del ACA, que conocieron Jerónimo Zurita y otros historiadores anteriores a mediados del siglo XIX, sigue «extraviado», al menos desde 1868.

Desde que Próspero de Bofarull y Antonio de Bofarull manipularan la historia de la Corona de Aragón, han sido muchos los que se han sumado fervorosamente a la tarea. Así, en el último siglo y medio se han acuñado, y algunos historiadores lo siguen haciendo, términos tan falsos y erróneos como «Confederación catalano-aragonesa», «Corona catalano-aragonesa», «Reyes de Cataluña», «Conde-reyes», «Países catalanes»... y otras patrañas y falsedades por el estilo.

Haciendo gala de una falta de rigor impropia y de una ligereza inadmisibles, son muchos los ensayos, manuales, enciclopedias y diccionarios de historia de Cataluña, y de España, que utilizan sin el menor rubor estas definiciones tan ahistóricas como falsas.

La página web de la Armada española (febrero 2014), al referirse a las enseñas y símbolos de España, habla de «la unión de Cataluña con Aragón», cuando los que se unieron dinásticamente fueron el reino de Aragón y el condado de Barcelona, o «el condado de Cataluña», que nunca existió.

Por ejemplo, en la *Enciclopedia.cat*, se habla de la «Corona catalano-aragonesa», a la que se define como un «Estado llamado también modernamente unión o confederación catalano-aragonesa que se ha desarrollado históricamente en los Países catalanes y Aragón en los siglos XII y XVIII... Originada por la unión dinástica de Cataluña y Aragón en 1137... Alfonso I de Cataluña-Aragón (por Alfonso II)... El título de conde-rey ha sido dado por la historiografía moderna». Parece imposible introducir más errores y fal-

sedades en cuatro simples líneas: ni la Corona de Aragón fue un «Estado» (la configuraron varios), ni jamás existió una «Confederación catalano-aragonesa», nunca hubo unos «Países catalanes» (se trata de un invento ideológico y virtual moderno), ni en 1137 se unieron dinásticamente Cataluña y Aragón (los que se unieron fueron el reino de Aragón y el condado de Barcelona), y no existieron esos «condes-reyes» (sino reyes que también fueron condes, marqueses, duques y señores).

La página web oficial de la Generalitat de Cataluña también incluye errores y falsedades semejantes. En el apartado de «Historia» puede leerse que «el linaje de Vifredo el Velloso fue el embrión de la Corona de Aragón», que Alfonso II (aquí sigue curiosamente la numeración de los reyes de Aragón) fue hijo de «Ramón Berenguer IV de Aragón (sic) y de Petronila», que «en el siglo XIII Cataluña tuvo una de las mejores infanterías del mundo, los almogávares» (reduciendo a este grupo de soldados al ámbito catalán, cuando entre ellos había aragoneses, navarros e incluso castellanos de la serranía ibérica), que hubo «reyes catalanes» (nadie se intituló jamás rey de Cataluña), y «reyes de la casa condal» (obviamente, si eran reyes serían de la casa real), y algunas otras «lindezas» más.

Pero sin duda, la manipulación más burda y grosera, hasta extremos que rayan el esperpento, se contiene en algunos libros, folletos y guías turísticas que incluyen barbaridades asombrosas. Enric Guillot, en *Descoberta i conquesta catalana d'Amèrica*, editada en Barcelona en 2012 en tres idiomas (catalán, español e inglés), asegura que las naves de Colón en 1492 salieron del puerto de País, en la costa catalana, y no de Palos, en Andalucía. Y que Hernán Cortés no era extremeño, sino catalán, un tal Ferran Cortés. Cristóbal Colón también era catalán, barcelonés, miembro de la casa real que llevó a la nación catalana a su expansión por el Mediterráneo. Otros aseguran que Miguel de Cervantes era un valenciano (Servent) que escribió *El Quijote* en cata-

lán y luego se tradujo al castellano para evitar esa gloria literaria a Cataluña, como afirma el filólogo Jordi Bilbeny; o que Santa Teresa de Jesús, sí la santa de Ávila, también era catalana, abadesa de Pedralbes. Un verdadero dislate. En alguna enciclopedia de Cataluña pueden encontrarse referencias al «escritor catalán» Ausias March (que era valenciano) o al «pintor catalán Pablo Picasso» (andaluz de Málaga).

Con ayuda pública, la empresa *CataloniaTours.Cat* incluye en un folleto afirmaciones como la siguiente: «Solo la constante voluntad de aniquilar la memoria histórica catalana por parte de los españoles explica la nacionalidad de Cristóbal Colón haciendo creer que era genovés»; o esta otra perla: «Cataluña tiene sus orígenes en la tradición helénica, heredera de la cultura de los primeros griegos llegados a Empúries (Emporion) en el siglo VI antes de Cristo. Este valor ha estado siempre presente y consciente en nuestra nación, y ha marcado el talante de nuestra historia como base democrática y tolerante, versus el origen de derecho romano de los españoles y franceses, de tradición impositiva y siempre cercana a la inquisitorial Iglesia de Roma. Así pues, el espíritu griego de democracia impregnó los esplendorosos siglos X a XV en todo el Casal catalán (la Corona Catalana y Occitania) con la creación de movimientos e instituciones como "Paz y Tregua" (siglo XI) o las "Cortes Catalanas" (siglo XII). Y este pensamiento animó a la *Re-naixença* catalana en el siglo XIX como recuperación a través del arte de los orígenes helénicos de la nación». Solo falta Eneas viajando desde Roma para fundar la nación catalana; a este paso, todo se andará.

Y ahí, en el origen, no queda todo; en esa misma página de viajes por Barcelona puede leerse, bajo el epígrafe de «300 años de ocupación española», el siguiente comentario: «Desde la pérdida del Estado catalán en el 1714, hasta su próxima recuperación en el 2014, tres han sido los

momentos más críticos para la supervivencia de la nación catalana, aún hoy día no asegurada: la Guerra de Sucesión en Europa (1707-1714), la napoleónica campaña de España o Guerra del Francés (1808-1814) y la Guerra Civil española, o Guerra del Español (1936-1939). De estas tres guerras, Cataluña ganó la del siglo XIX, siendo la primera batalla que nación alguna ganaba a los ejércitos napoleónicos... En el 1714, durante la Guerra de Sucesión en Europa, después de un asedio sangriento de más de un año, Barcelona cayó en manos de los españoles y la nación catalana perdió su Estado de más de 700 años. Visitaremos donde los españoles colgaron durante 12 años, dentro de una jaula, la cabeza del General que organizó la defensa, como lección para los catalanes».

Este último párrafo tal vez se refiera a Rafael de Casanova i Comes (1660-1743), jurista y *conseller en cap* del Consejo de Ciento barcelonés, el héroe que dirigió la defensa de Barcelona en septiembre de 1714, pero que no fue «decapitado»; vivió recluido en la localidad catalana de San Baudilio de Llobregat, hasta que en 1719 fue amnistiado para regresar a Barcelona y ejercer la abogacía hasta que se retiró en 1737. Murió plácidamente seis años después.

Y no se trata de aspectos intrascendentes, sino de cuestiones que planean sobre la vida política de manera permanente. Por ejemplo, el 10 de diciembre de 2013 el Parlamento de las Islas Baleares aprobó una disposición en la cual se decía que «los “Países catalanes” no existen». Rechazando así la idea de unos «Países catalanes» en los que se incluyen, en virtud de intereses políticos y sin la menor base histórica, la actual Cataluña, el Rosellón y la Cerdeña franceses, las comarcas orientales de Aragón, la Comunidad Valenciana y las Islas Baleares.

Confundir a propósito la geografía con la política es una de las tretas del nacionalismo. En la historia de España esta confusión forzada es muy frecuente, y lo es tanto en los «nacionalistas españoles», aquellos que consideran que

España es una realidad inmutable desde los tiempos de los celtas y los iberos y llaman al legendario caudillo tartésico Argantonio «el primer rey de España», como en los «nacionalistas periféricos», aquellos que consideran que Cataluña, el País Vasco o Galicia son «realidades nacionales» desde antes incluso de la llegada de los romanos.

El término «Reconquista», acuñado con éxito por la historiografía castellanista, implica la idea de un país, el español católico, que ha recuperado tras largos siglos de lucha un espacio perdido a manos de unos invasores extranjeros, los musulmanes andalusíes. Así, la lucha secular entre cristianos (los españoles) y musulmanes (los extranjeros) se convierte en el combate por la recuperación de una identidad y de un territorio perdidos en el año 711. La idea de España se identifica con el territorio, la religión católica y su cultura. Es mentira, pero funciona bien. Aunque las cosas fueron muy diferentes. La Reconquista no fue la «recuperación de unas tierras previamente perdidas», sino la consecuencia del crecimiento de los Estados feudales cristianos peninsulares hispanos ante la decadencia del Islam andalusí e hispano.

Considerar a Abdarrahman III un «extranjero» no deja de ser una deformación interesada de la realidad histórica. Cuando el rey de la taifa sevillana al-Mutamid afirmó ante la presión de Alfonso VI que prefería ser «camellero en África que porquero en Castilla», lo tenía muy claro: la definición política de un territorio era la del dominio del monarca gobernante, y si Alfonso VI hubiera conquistado Sevilla, esa ciudad dejaría de ser andalusí para convertirse en castellana, como en 1085 ocurriera con Toledo.

La Reconquista fue un término político que interesó utilizar como legitimación de la acción militar de los soberanos cristianos sobre las taifas andalusíes en el siglo XI. Los monarcas cristianos de los siglos XI, XII y XIII no hicieron sino aprovechar la ineficacia de los soberanos andalusíes, su desunión y su relajo para liquidarlos y ganar sus tierras. Y ello

provocó un cambio de mentalidad en los soberanos cristianos del siglo XI y una transformación de las estructuras de poder en la Península. El proceso de la llamada Reconquista coincidió con el origen de la construcción de los Estados feudales (Portugal, León y Castilla, Navarra, Aragón, Barcelona) y la descomposición del gran Estado andalusí, el califato de Córdoba. La guerra en la frontera se convirtió en una ocupación propia y específica para esos Estados feudales y en ella descollaron caballeros de fortuna como el Cid.

A lo largo de los siglos XI y XII se produjo un doble fenómeno que abrió un abismo insondable entre el norte cristiano y el sur andalusí: al-Andalus se africanizó, en tanto el norte cristiano se europeizó, ahondando así en un rechazo mutuo que ya no tendría vuelta atrás.

La Iglesia propugnaba un nuevo orden, tras la reforma gregoriana de 1078 y la predicación de la Primera Cruzada en 1095, y los reinos cristianos se empaparon de esas nuevas ideas que penetraron en la Península por el Camino de Santiago junto con corrientes artísticas y culturales y doctrinas políticas. La Iglesia justificó el poder cristiano a partir de la fórmula *Rex gratia Dei*, «Rey por la gracia de Dios», sacralizó a los soberanos cristianos y los convirtió en herederos de una tradición y unos derechos que se remontaron a la época de los godos, e incluso a la de los últimos emperadores romanos cristianos.

Así, las tierras conquistadas a los musulmanes andalusíes se consideraban como tierras recuperadas, y en virtud del derecho feudal podían ser entregadas a los nuevos pobladores cristianos. Los instrumentos jurídicos para poner en marcha todo ese proceso fueron muy diversos: fueros, cartas pueblas y donaciones de tierras mediante diversas modalidades se aplicaron para el reparto de los espacios conquistados, a la vez que mediante disposiciones legales se regulaba el estatus social y legal de los repobladores, sus relaciones políticas y la situación de las minorías de judíos y musulmanes.